

VENUS

Films de
Amor

50 cents.





MERCANTON, Louis

SELECCIÓN FILMS DE AMOR
NÚMERO EXTRAORDINARIO

Redacción, Administración y Talleres:
Calle Valencia, 234 - Apartado, 707
Centro de Reparto de Suscripciones: Baró, 16
B A R C E L O N A

* **VENUS**

"Vénus, 1929"

Adaptación cinematográfica de la
novela de JEAN VIGNAUD
Genial interpretación de la bellísima

CONSTANCE TALMADGE ✓

SECUNDADA POR,

* **ANDRÉ ROYNE - JEAN MURAT - MAXUDIAN** ✓

2 **Maurice Schutz, Jean Mercanton, Charles**
Veri'n novelesca de E. MOLDES **Frank**

EXCLUSIVAS DE
ARTISTAS ASOCIADOS



Rambles Catalana, 62 Barcelona

ARGUMENTO DE DICHA PELICULA

* Dictionnaire du Cinema Universel
de René Jeanneret & Charles Ford

Gran Selección de Biblioteca Films

50 céntimos

La Rosa de Flandes	R. Meller
Königsmark	J. Catalán
Los dos plútes	J. Forest-L. Shaw
Como D. Juan de Harralunga	Fay Compton
Conciencia contra ley	M. Vargonvi
El lobo de París	H. Bardin
El Abuelo	M. Elbas
El bien perdido	Alice Joyce
La madre de todos	Mary Carr
Ronda de noche	R. Meller
El último correo	Vera Reynolds
Ropa Vieja	Calquhoun
La prueba del fuego	Ronald Colman
Varieté o Aguijas humanas	Lya de Putti
Una gran acción	N. Talmadge
Los hijos del trabajo	J. Nieto
Metrópolis	B. Helm
Bodas sangrientas	M. Jacobini
Venganza gitana	R. Colman
Mueris	W. Gaidaroff
Ben-Hur	E. Novarr
La pequeña vendedora	M. Pickford
D. Quijote de la Mancha	C. Schonstrom
El Circo	Charles
El espejo de la dicha	Lily Damita
Napoleón	A. Dieudonné
Maritimo	Susy Vernon
Por la Patria y por el Rey	René Navarre
El diamante del Zar	J. Petrovich
Corazón de Pedra	Lon Chaney
La Belle de Baltimore	Dolores Costello
El gran combate	Colleen Moore
Los héroes de la Reina	Billie Dove
El Gaucho	Douglas Fairbanks
La Venganza	Raquel Meller
El cantor de Jazz	Al Jolson
La legión de los condenados	Gary Cooper
Las trilezas de Sofía	A. Menjou
El hombre que ríe	Conrad Veid
Los tres Mosqueteros	Alme. Sin On Girard
La Marcha Nupcial	Eriz Von Stroheim

ENVIAMOS CATALOGOS GRATIS

Servimos catálogos sueltos y colecciones completas, pue-
do envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos
para el certificado. Franco gratis

Biblioteca Films-Apartado 707.- Barcelona



1

Noche estival.

El Mediterráneo, cargado de leyendas, era, en el puerto de Chipre, un lago rumoroso, donde la luna, coqueta como una mujer, se reflejaba, poniendo sobre las aguas quietas su cabrilleo de plata. Flotaban en el ambiente encaimado aromas de paganismo, y los jardines de la ciudad dormida enviaban a la bahía oleadas de perfumes intensos, a los que el mar añadía su fuerte olor yodado.

Un yate, como una gaviota durmiendo, se balanceaba apenas en la bahía. Era un yate blanco, de finas líneas, que debía de cortar las aguas como un cuchillo. En su interior se reunían todas las exigencias del confort más refinado: camarotes lujosos, amplios salones, cuartos de baño, bar americano... Nada faltaba ni nada sobraba. Era un pequeño palacio flotante, más sencillo, pero no menos sugestivo que aquellos que se describen, plenos de oro y mármoles, en "Las Mil y Una No-

ches". Ave de paso en todos los mares del mundo, el "Venus"—que así se llamaba el yate—estaba hoy aquí, mañana allí, siempre sin rumbo fijo, siempre guiado por el capricho de su propietaria.

Porque el yate "Venus" tenía una propietaria, y, por añadidura, bonita, gentil y elegante. Era la princesa Beatriz Doriani. Una dama educada en la libertad de las "girls" norteamericanas. Cullivadora de los deportes, lo cual no le impedía ser en ocasiones mimosa y felina, como una italiana del Renacimiento. Ante todo, una mujer muy moderna. Cuando las circunstancias lo exigían, olvidaba su vida frívola y encantadora y presidía con gesto grave el Consejo de Administración de la Compañía de grandes trasatlánticos de que ella era propietaria. Y cuando había resuelto un conflicto serio o dado su aprobación a algún proyecto importante de sus subordinados, volvía a su yate, a ser de nuevo ave de paso en todos los mares del mundo.

Excusado nos parece decir que la princesa Beatriz Doriani no viajaba sola. Una mujer como ella necesitaba una corte, como si fuese una verdadera Emperatriz. Y, por eso, no faltaban nunca a bordo de su yate alegres amiguitas y, sobre todo, adoradores de su belleza o de sus millones. Las horas se deslizaban allí rápidas y amenas. Se bailaba,

se jugaba, se rela... Y en todas partes, cuando el yate "Venus" zarpaba, dejaba tras sí, junto con su estela, una aureola un tanto escandalosa.

Aquella noche estival, Beatriz se hallaba en el bar con un amigo. Bebían champaña. El jovenzuelo que la acompañaba estaba completamente ebrio y trató de iniciar la conquista de la millonaria por el primitivo procedimiento manual. Pero otro joven acababa de entrar en el bar en aquellos momentos, y llegó a tiempo de imponer al osado un severo correctivo.

Cuando el borracho hubo desaparecido, Beatriz se acercó al recién llegado:

—¡No tengas celos, Gilberto! ¡El pollo es completamente inofensivo!

El marqués Gilberto de Valroy era para todos el prometido oficial de Beatriz. Nadie sabía por qué. Ni ellos mismos. Se había empezado a decir en los círculos elegantes que ambos frecuentaban, que el amor los unía. Y ellos, sin el menor deseo de contradecir a los comentadores, se dejaron arrastrar por la corriente, encontrando agradable aquella amistad que cada vez los unía con más sólidos lazos y esperando los dos que el matrimonio trocaría un día la amistad en amor.

Beatriz y Gilberto subieron a cubierta. La noche era espléndida. A lo lejos brillaban las luces de la ciudad de Chipre, y, distan-

ciada de ellas, en la claridad suave del nocturno, una colina recortaba su silueta, y sobre ella se erguían las paredes mutiladas de un templo en ruinas.

Acodados en la baranda del puente, los dos prometidos contemplaban el paisaje de ensueño. El jovenzuelo del bar, olvidado por completo del castigo recibido, acababa de acercárseles, con una botella de champaña en la mano.

—Antes de acostarnos —dijo Beatriz—, al amanecer, iremos a visitar ese viejo templo.

—¿En qué pueden interesarnos esas ruinas? —preguntó el jovenzuelo—. ¿Hay algún bar en ellas?

—Fué al pie de esa colina —respondió Beatriz— donde Venus, diosa de la Belleza, emergió del mar, desnuda y magnífica...

Entonces, el jovenzuelo, sin soltar la botella, se encaramó a la baranda del yate y se arrojó al agua, gritando a los que se hallaban en cubierta:

—¡Seguidme todos! ¡Vamos a buscar a Venus!

Fué la desbandada general. Todos los huéspedes de la primera Doriani corrieron a sus camarotes, se enfundaron sus trajes de baño y, volviendo a cubierta, se arrojaron al mar. La bahía de Chipre, tan callada hasta entonces, se pobló de gritos y de canciones, como si reviviése en ella, por unos instantes,

la vieja leyenda de las ondinas y de los tritones.

Una lancha motora esperaba al pie de la escalerilla del yate, con una plancha de madera amarrada a su popa. Desde el puente, Beatriz le gritó a su novio, que en aquel instante descendía las escaleras:

—¡Esperame, Gilberto... ya voy yo!

Y asimismo, vestida como estaba, bajó a instalarse en el tablón que la lancha motora remolcaba. Esta se puso en marcha, despacio primero, aumentando progresivamente la velocidad. Beatriz, puesta en pie sobre la pequeña balsa, con las dos manos agarradas a la cuerda delantera, se dejaba arrastrar. Y, poco a poco, enardecida por la velocidad y por las aclamaciones de sus invitados, fué despojándose de sus ropas hasta quedar desnuda, como la propia Venus del templo cercano, mientras gritaba con todas sus fuerzas, dirigiéndose a los que conducían la lancha:

—¡Más aprisa... más aprisa!

La lancha redobló su velocidad. Trazaba grandes círculos alrededor del yate, como un cetáceo, que, sintiéndose herido, emprendiese carrera vertiginosa. Locus de entusiasmo, los bañistas gritaban:

—¡Viva Venus!... ¡Viva Beatriz, reina del mar!

En aquellos instantes, un buque cruzó la bahía. Era un barco mercante, de los que

surcan el Mediterráneo en todas direcciones. Sobre cubierta, acodados en la barandilla, los dos únicos pasajeros que conducía, contemplaban a su sabor aquel espectáculo singular, no exento de belleza.

Eran Mariano Zarkis y su esposa; una pareja de conciencia un tanto turbia, que recorría el mundo explotando, entre otros negocios no menos limpios, el muy lucrativo de los juegos de azar.

El capitán del barco se acercó a ellos, y después de asistir por espacio de unos minutos a las rápidas evoluciones de la lancha, le preguntó a Mariano:

—¿Por fin va a ir usted a Buenos Aires en el vapor "La Plata"?

—Sí; ese es mi propósito.

—Entonces va usted a viajar en un barco de esa hermosa Venus... La Doriani Line es de ella.

El buque mercante desapareció en la noche, dejando tras sí una estela de plata.

En el yate "Venus", el marqués Gilberto de Valroy esperaba a Beatriz con un alboroz en sus manos, y cuando ésta se detuvo al pie de la escalerilla, se apresuró a envolverse en él. La princesa subió a cubierta. Allí, un oficial le entregó un radiograma que se acababa de recibir. Decía así:

"Princesa Doriani. — A bordo yate "Venus"

"Huelga agravada. Sus tripulaciones se unen al movimiento. Estimamos indispensable su presencia para reunión armadores.

"Delmas."

Lo leyó Beatriz, y su sonrisa se nubló.

—Amigos míos—dijo, dirigiéndose a los bañistas que, poco a poco, iban invadiendo la cubierta del yate—, una terrible contradicción.

—¿Qué sucede?—preguntaron varios.

—Tenemos que suspender de momento este viaje de placer. Los negocios me reclaman.

Y enseñó a todos los que lo quisieron ver el radiograma que el oficial le había entregado.

Aquella misma noche, el "Venus" se hacía a la mar. Su proa, fina y cortante como un cuchillo, abría surco en la quietud añil del "Mare Nostrum". Avanzaba velozmente, perdido aquel aire de ligereza y de frivolidad que le caracterizaba cuando entraba en un puerto de su itinerario de placer.

Mientras tanto, los muelles europeos presentaban un aspecto desolado. La huelga se había extendido como reguero de pólvora, y los barcos, en quietud de cementerio, tenían la apariencia de algo sin vida; y las mercancías se amontonaban en los almacenes, se pudrían, sin que nadie acudiese a retirarlas.

En el edificio de la Compañía Doriani Li-

na, que, por ser la más fuerte, merecía el honor de cobijar a los delegados de las demás Compañías navieras, se celebraba importantísimo consejo presidido por la princesa Doriani, mientras que en la calle, las multitudes de huelguistas esperaban con ansiedad las decisiones de aquellos hombres y de aquella mujer que tenían su suerte entre sus manos. Lo que aquellos trabajadores pedían, era un aumento de jornal. Si se les concedía, al día siguiente volverían al trabajo, y los buques podrían zarpar y los muelles recobrarían su actividad ordinaria. Si se les negaba, la huelga proseguiría, aunque el hambre, como un fantasma tétrico, entrase en los humildes hogares.

Después de discutir los puntos más importantes del problema, uno de los armadores que asistían al consejo, tomando la palabra en nombre de todos, le dijo a Beatriz Doriani:

—Usted representa a la más poderosa de nuestras entidades marítimas, princesa... Hable usted. Todos secundaremos su decisión.

Se levantó Beatriz, y ante aquellos caballeros demasiado serios, demasiado preocupados con los negocios, les habló con su voz ligera de muchacha que no le concede a las cosas más que una importancia muy relativa:

—A mí alrededor me gusta ver sonreír la



Todos secundaremos su decisión.

vida... Por lo tanto, accedo a lo que piden nuestras tripulaciones.

—Entonces, no hay más que hablar. Nosotros accedemos también.

Y desde el salón severo la noticia pasó rápidamente a la calle. Y aquella multitud gregaria que abajo rumiaba su ansiedad, prorumpió en gritos de entusiasmo, mientras las gorras de los hombres volaban por el aire:

—¡La princesa Doriani acepta nuestras peticiones! ¡Viva la princesa Doriani!

Cuando ella abandonó el edificio de la Compañía, se la hizo un recibimiento triunfal, y las aclamaciones de los hombres y las bendiciones de las mujeres la acompañaron hasta el automóvil. Cerró la puerta del coche Félix Serres, apoderado de la Compañía, al que la princesa consideraba como un amigo y más que nada, como un consejero, e inclinándose galantemente, la despidió:

—Adiós, princesa... Una vez más nos ha sorprendido usted con sus decisiones.

A lo que ella respondió sonriendo:

—Esta vez no tendrá usted valor para reírme, Serres... Oiga esos gritos de alegría...

El auto arrancó. Y las voces de contento de la multitud siguieron por algún tiempo, como albas palomas, su carrera de vértigo.

II

De nuevo el yate "Venus", conjurado el conflicto, volvía a ser mensajero de alegría en los puertos europeos. Se reía, se cantaba y se bailaba en él como si la vida fuese un ameno paraíso en vez del manoseado "valle de lágrimas".

Cierto día en que el "Venus" navegaba lentamente, la princesa Doriani se hallaba sola

en el salón del barco; cuando el marqués de Valroy descendió hasta allí provisto de unos gemelos, que ofreció a su prometida. Se acercaron los dos a la ventanilla, y desde allí siguieron con la vista la marcha de un buque de gran porte que navegaba en sentido contrario.

—Es "La Plata"—dijo Gilberto—. Uno de nuestros paquebots, que hace rumbo a Buenos Aires.

—Es una fatalidad—repuso ella—. No veo nunca el vapor "La Plata" más que en alta mar. ¡Ni siquiera conozco a su comandante!

Al mismo tiempo, en el transatlántico, tenía lugar una escena parecida. Félix Serres, que viajaba en él, enseñaba al comandante el yate de la princesa, con la intención de presentársela... a distancia. Pero después de buscarla en vano con los gemelos, le dijo al capitán:

—Decididamente, no tiene usted suerte, Franqueville... La princesa no está sobre cubierta.

Se alejaron los dos buques, y aún por algún tiempo los gemelos de Beatriz siguieron clavados en el espacio de cielo y mar que se divisaba desde la ventanilla. Gilberto se acercó a su lado:

—Amas demasiado al mar y a tus barcos, Beatriz... Si un poco de ese amor lo hubieses

puesto en mí, hace tiempo que estaríamos casados.

—¿A qué complicarnos la vida, Gilberto?
¿No somos felices así?

—Si tú lo quieres...

Si; la princesa Doriani lo quería. Encontraba grato dejarse mecer en el regazo de aquella amistad, que a todos, menos a ella, parecía amor. Pero no ir más lejos. La planta del amor no daba flores aún en su alma, y no era desde luego Gilberto quien podía hacerla florecer. Si un día se casaba con él, sería... porque sí. Para continuar, "legalmente", aquella amistad.

Entretanto, a bordo de "La Plata", Serres hablaba con calor al capitán de la princesa Doriani, ensalzando su belleza y también sus virtudes.

Era Luis Franqueville, capitán del transatlántico, el tipo clásico del marino. Un hombre muy entero, de una pieza. Cuando se hallaba en el puente dando órdenes con su voz potente de barítono, se encontraba en su elemento. En cambio, rara vez se le veía en los salones del barco, donde triunfaban los oficiales y donde él se encontraba descen-

trado, como si le ahogase aquel ambiente. Un marinero se le acercó, mientras hablaba con Serres, y le dió un radiograma. Franqueville lo leyó:

"Comandante "La Plata".

"Orden policía vigilar pasajero Mariano Zarkis, sospechoso dedicarse negocios ilícitos."

"D. L."

Era en aquel transatlántico, en efecto, donde viajaba Mariano Zarkis, aquel jugador profesional a quien conocimos en Chipre admirando la belleza de la princesa Béatrix Doriani. Sin necesidad de aquel radiograma, el comandante Franqueville le había encontrado sospechoso, pues a menudo le sorprendía en conversaciones misteriosas con los pasajeros más indeseables.

Hizo llamar a un oficial, y cuando éste estuvo ante sí, le preguntó:

—¿Sabe usted dónde puede encontrarse al pasajero Mariano Zarkis?

Seguramente estará en el "fumoir"... Le he visto varias veces allí con gentes de la tercera.

Vaya usted a buscarle y dígame que se presente inmediatamente.

Unos momentos después, Zarkis, acentuando ante el peligro su aire de perdonavidas, estaba ante Franqueville.

—¿Ya debe usted saber de qué se trata!— le dijo el comandante.

—Yo no. ¿Por qué? ¿Soy acaso adivino? Franqueville le enseñó el radiograma. Y

después que Zarkis lo hubo leído, le amenazó:

— ¡Que no vuelva yo a verle andar en tratos con pasajeros de tercera, o hará usted el resto del viaje encerrado!

— ¡Bah! ¡Tantos alardes de moralidad en un buque que ostenta un pabellón tan sucio!

— ¿Qué quiere usted decir?

— ¿Con qué derecho me critica usted? ¿Más le valía criticar a su ama y señora!

— ¿A la princesa?

— ¡Sí, a la princesa! ¡En Chipre la vi hacer de Venus ante sus invitados... y desnuda!

— ¡Miente usted! ¡Le ordeno callarse!

— ¡Yo no recibo órdenes de nadie! ¡Soy el amo de mí mismo, mientras que usted no es más que el criado de una mujerzuela!

Fatalmente, de las palabras se pasó a las obras. Llegaron los dos hombres a las manos, y Franqueville, para defenderse de una acometida de Zarkis, le dió un empujón con todas sus fuerzas, con tan mala fortuna, que el jugador cayó al agua.

El vigía gritó inmediatamente:

— ¡Hombre al mar!

Y se lanzaron salvavidas y cuerdas para impedir el drama. Pero era tarde ya. Zarkis no sabía nadar, y se había ahogado.

Por todo el buque se hizo correr la voz de que el indeseable sujeto había caído al

mar, víctima de un accidente. Mas no todos creían tal historia. Entre ellos, la esposa del muerto. Y en el aire quedó flotando una amenaza sobre Luis Franqueville.

Cuando, terminado su viaje, el transatlántico "La Plata" regresó a Europa, su comandante debió presentarse ante el consejo de la Compañía, pues las denuncias no habían escaseado y se le había formado expediente. Félix Serres le acompañaba. Y en la antecámara, mientras esperaba el joven el momento de presentarse ante sus jueces, el apoderado de la Compañía trató por última vez de persuadirle a confesar la verdad, ya que ésta sería para él una gran atenuante.

— No diré lo que pasó — respondió Franqueville. — Mi padre sirvió durante cincuenta años a la Compañía, y en su lecho de muerte me hizo jurar fidelidad y respeto a los Doriani, aun a costa de mi vida. Además, sé ahora quién es esa mujer, y no quiero que se me tome por el paladín de... "Venus".

— ¿Usted sabe que se juega su destino... su libertad, tal vez?

— Lo sé. Pero no diré nada... Prométame usted guardar, silencio igualmente.

Se lo prometió Serres, y el comandante de "La Plata" compareció ante el tribunal de honor. A las preguntas que se le hicieron contestó con rotundas negativas, y nada, ni amenazas, ni promesas de indulgencia, le hi-

cieron abandonar la posición en que se había colocado. Los jueces edipezaban a impacientarse:

—¿De modo que se niega usted a precisar las razones de su altercado?

—¡Me basta asegurar que aquel individuo había manchado un nombre que se me había enseñado a respetar!

—¿Qué nombre era?

—No puedo decirlo!

—¿Sabe usted a lo que se expone persistiendo en ese silencio?

—Sí, señores... ¡Pero no puedo decir el nombre!

Y el tribunal, comprendiendo que no podría vencer la testarudez del comandante Franqueville, dictó sentencia. Sentencia que, un poco después, Félix Serres sometía a la firma de la princesa Doriani, que a la sazón se hallaba en la ciudad, terminando su crucero de recreo.

Cuando Serres se presentó en la mansión de la princesa, ésta se hallaba en plena fiesta entre amigos. No era el momento más oportuno para tratar asunto tan importante, pero el apoderado de la Compañía no podía elegir la ocasión. Se limitó a presentarle los documentos del tribunal, diciéndole:

—Le traigo a usted el informe del Consejo de Disciplina sobre el caso Franqueville...

—¡Ah, sí!... He oído hablar algo de eso.

—Aquí está la carta de revocación, por si usted quiere firmarla... En ese caso, el Consejo se contentaría con el despido, sin dar cuenta a la policía.

—La firmaré entonces.

Y la princesa, descando terminar cuanto antes la entrevista para reunirse con sus amigos que la requerían insistentemente, firmó la carta.

—¿No quiere usted leer el informe?—le preguntó Serres, poniéndolo en sus manos.

—Es inútil... Mis comandantes, como la esposa de César, deben estar por encima de toda sospecha.

Y así, entre risas frías y galantes discretas, quedó dictada la suerte de Luis Franqueville.

III

Con el despido de Franqueville, la Compañía Doriani dió por terminado aquel enojoso asunto. Pero no estaba terminado, sin embargo... Cierta día se presentó en el domicilio social de la entidad marítima un caballero de elegancia un poco "rococó", que frecuentemente acariciaba su barba negra para lucir bien los brillantes que adornaban sus dedos.

Era Constantino Zarkis, primo del muerto. Un hombre que, salido de la cantera humilde del pueblo, había llegado a ocupar una alta posición social. Entró en el despacho de la Dirección con aire altanero de hombre que domina una situación, y, después de presentarse, se arrellanó en una butaca, mostrando a los directores de la Compañía una carta que acababa de recibir, en la que, la esposa de su difunto primo, le denunciaba el hecho por que había sido castigado Franqueville y le hacía saber que era absolutamente cierto que ellos, en una noche estival, habían visto a la princesa Doriani interpretar con el mayor realismo el papel de Venus saliendo de las aguas.

—Que la princesa se divierta como quiera —dijo a modo de comentario— me parece muy natural... Pero que sus diversiones hayan sido causa de la muerte de un hombre... eso ya me parece excesivo.

Se envió a buscar a la princesa, pues la importancia del asunto así lo requería. Llegó ella, gentilísima como siempre, saludó afablemente a sus directores, y a Constantino Zarkis se limitó a lanzarle una mirada desdenosa por encima del hombro.

—Es el señor Zarkis—su apresuró a decir Serres, dirigiéndose a la señorita Doriani...— primo del pasajero de "La Plata" que cayó al mar.

—¡Ah! ¿Y qué quiere?

—Pide una indemnización...

Por primera vez, la princesa se dignó mirar cara a cara a Constantino Zarkis, pero sin abandonar su gesto desdenoso.

—Se trataba, según creo, de una disputa a propósito de una mujer... Pero, en realidad, eso no interesa a la Compañía.

—Eso sería exacto, princesa... si la mujer en cuestión no fuese, precisamente, el Presidente de la Compañía.

—¿Qué quiere usted insinuar?

—Nada que sea una novedad, princesa. Lo que yo digo, es del dominio público.

—Está bien. No tengo tiempo ni humor para discutir. Estos señores le harán saber mi decisión sobre el particular.

Y volviendo la espalda a Constantino Zarkis ordenó que se le acompañase hasta la puerta.

Cuando se quedó sola con sus amigos, Beatriz se volvió al fiel Serres:

—Valroy me ha acompañado hasta aquí, Serres, y está abajo en el coche... ¿Quiere usted decirle que no me espere? Dígale también que esta noche cenaré con él, como habíamos convenido.

Salió Serres a cumplimentar la orden, y la princesa Doriani se dirigió a otro de los directores de la casa, que en pie esperaba sus mandatos:

—Hágame el favor de traerme el informe sobre el asunto Franqueville.

Un poco después, la princesa, encerrada en su despacho, leía con atención el expediente formado por la Compañía contra el comandante de "La Plata". Poco a poco se iba enterando de todos los detalles suministrados por los testigos. Luis Franqueville había sido despedido por defenderla a ella. Y su acción era aun más generosa teniendo en cuenta que ni siquiera la conocía.

Beatriz Doriani sentía los remordimientos de su ligereza y de su trivialidad. Pensando solamente en divertirse con sus amigos, había tratado una cuestión en que se jugaba a cara o cruz el porvenir de un hombre con el mismo descuido con que trataría un asunto sin ninguna importancia para ella. Y aquel hombre que había condenado, la había defendido tan caballeramente como un héroe de leyenda.

Saló precipitadamente del despacho y le preguntó a Serres:

—¿Sabe usted dónde está ahora Franqueville?

—Yo le di una carta de recomendación para un buen amigo mío que reside en Orán.

—Es preciso que me dé usted la dirección de ese amigo suyo. Mañana mismo salgo para Orán.

Aquella noche, como lo habían convenido,



Es preciso que me dé la dirección de ese amigo

Beatriz y Gilberto cenaban juntos en un restaurante de buen tono de la ciudad. Por la mañana, cuando hicieron sus planes para la noche, ninguno de los dos podía sospechar que aquella cena fuese de despedida. Así se lo hacía ver el marqués de Valroy a la princesa, añadiendo, un poco despectivo:

—¿Pero a qué viene esa marcha precipitada a Orán, Beatriz?

—Se trata de un asunto sumamente importante, que no admito demora.

—¿Y por qué no quieres que yo te acompañe?

—Porque es un asunto que quiero resolver por mí misma.

En una mesa cercana, Constantino Zarkis se hallaba con algunos amigos. Hablaban de mujeres. Y cuando el nuevo rico vio llegar a la princesa, acompañada de Valroy, dijo a sus camaradas, dándose aires de conquistador:

—Esa dama es la princesa Doriani... la más hermosa de mis amigas.

Hubo en el grupo un movimiento de curiosidad, bien pronto dominado por las risas y las pufas que caían como una lluvia implacable sobre el pobre Constantino Zarkis. Herido éste en su amor propio, añadió, poniéndose en pie:

—¿Vais a ver ahora mismo si es amiga mía o no!

Y se acercó resueltamente a la mesa que ocupaban Beatriz y Gilberto. Ya allí, se inclinó versallescamente ante la princesa Doriani. Pero ella le volvió la espalda, mientras le decía a Valroy:

—No es nadie... Un candidato a chantagista, según creo.

Intentó el marqués castigar por sí mismo al intruso; mas la princesa quiso hacer aun mayor su desprecio, y, llamando al "maitre d'hôtel", le dijo:

—¿Quiere usted hacer ver a este individuo que nos está molestando?

No perdió por ello el aplomo Constantino Zarkis, y, sin abandonar su sonrisa, pero con voz en la que vibraba la cólera, se dirigió a Beatriz:

—La disculpo, princesa, de no haberme reconocido esta noche... Pronto nos conoceremos tan bien, que esto no podrá repetirse.

E inclinándose otra vez, volvió al lado de sus compañeros, que le recibieron regocijados:

—¡Bravo, Zarkis! ¡No se puede negar que tu princesa te ha recibido con los brazos abiertos!

Estoicamente aguantó el hombre el chaparrón. Pensaba en el desquite.

IV

A la mañana siguiente se enteró Constantino Zarkis de que el yate "Venus" había salido para Orán, y, ni corto ni perezoso, se fué a ver al detective Disco, que tenía en la ciudad una sólida reputación obtenida por sus numerosos triunfos.

Sentados frente a frente los dos hombres, Zarkis preguntó al detective:

—¿Usted podría encargarse de vigilar a una persona en África?

—Personalmente, no; porque no puedo moverme de aquí... Pero sí por medio de un agente.

—Se trata de la princesa Doriani.

—La propietaria de la Doriani Line?

—La misma... Ha salido esta mañana para Orán, y es preciso que un agente de usted me tenga al corriente de todos sus pasos.

—Le tendrá. Ahora mismo le telegrafiaré a mi agente Hassan, que es un hombre diestro y astuto.



Con frecuencia visitaba a su protector

Cuando el yate "Venus" ancló en el puerto de Orán, un hombre gordo, de rostro plácido y bonachón, lo esperaba en el muelle. Era Hassan, el agente del detective Disco. Un poco después, este hombre se convertía en la sombra de la princesa Doriani.

Luis Franqueville estaba, en efecto, en Orán. Trabajaba en los muelles como capataz distinguido, y trabajaba duramente, para no pensar, para no recordar lo que había sido, para no tener que odiar a la causante

de su desventura. En sus ratos de ocio, leía o paseaba por la ciudad, y con frecuencia visitaba a su protector en aquellas tierras, el sabio doctor Mayerat, un apóstol de la ciencia, que colaboraba activamente con el doctor Mohamed ben Sliman, de la Facultad de Argel, para combatir las epidemias que despoblaban las tribus del Medio Atlas.

Era el doctor Mayerat el hombre a quien Serres había recomendado a Luis Franqueville. Por lo tanto, la primera visita de la princesa Doriani al llegar a Orán, fué para él. Cuando ella llegó a su casa, el médico francés celebraba una entrevista con el médico árabe; entrevista que fué interrumpida por la presencia de la millonaria. Una vez expuesto el objeto de su viaje, que obedecía al deseo de remediar en lo posible la suerte del capitán Franqueville, Beatriz insinuó al doctor:

—Mi buen amigo Serres me ha prometido su ayuda de usted...

—Y puede usted contar con ella incondicionalmente—repuso Mayerat.

—Yo he cometido una injusticia, que quiero reparar a toda costa.

—Un poco tarde es, señorita... Mucho me temo que su nombre sea para Franqueville sinónimo de injusticia y, quizá, de odio.

En aquel instante llamaron a la puerta, y



El médico francés celebraba una entrevista con el árabe

una criada mora anunció a Luis Franqueville.

—Hágale entrar, doctor—dijo Beatriz vivamente—. Así podré conocerle.

—Pero... ¿no teme usted un desaire?

—Presénteme como una amiga de usted... La señorita Mcilan, el apellido de mi madre.

Y ante un gesto de vacilación del doctor, añadió:

—No tema usted, no verá mi yate... He ordenado que fuese a anclar a algunas millas de aquí.

Unos momentos después, Luis Franqueville estaba, sin sospecharlo, ante su mayor enemiga, la mujer sobre quien él echaba la culpa de su desgracia. Hizo el doctor Maye-
rar las presentaciones de rigor, y la princesa, dirigiéndose a su ex comandante, le dijo:

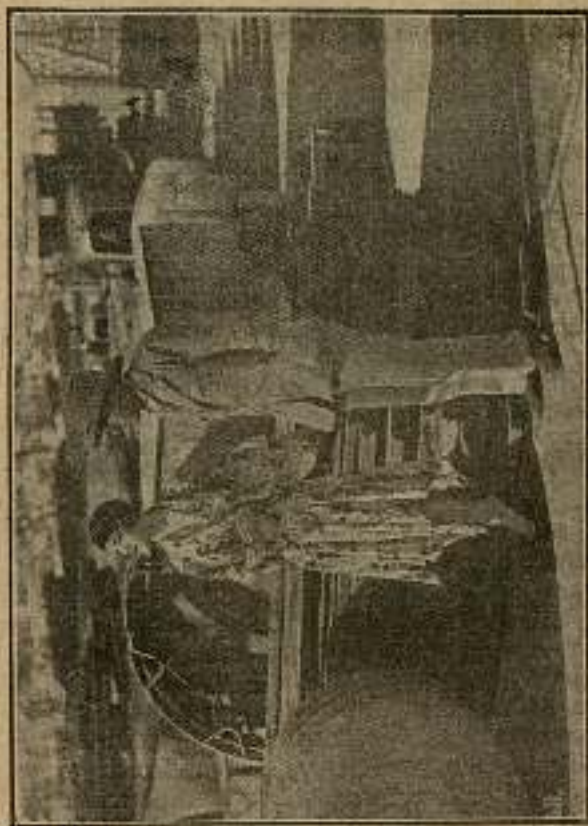
—Mañana pienso visitar los muelles... El doctor me ha dicho que no podría encontrar mejor guía que usted...

—Estoy en todo momento a su disposición, señora.

—¿Entonces, mañana por la mañana, en los muelles?

Se inclinó Franqueville, asintiendo, y Beatriz Doriani salió, acompañada por el doctor hasta la puerta.

A la mañana siguiente, la princesa no faltó a la cita. Franqueville la esperaba ya, después de haber pedido permiso para abandonar por unos minutos su trabajo. Y empezó la visión del muelle. Una visión dantesca. Bajo el sol de fuego todo parecía fermentar: frutas, mercancías, hombres. Las lonas encerradas despedían un humo tenue y por las carnes bronceadas de los indígenas que trabajaban en los muelles, corría abundante sudor. La princesa, compadecida sinceramente de aquellos infelices, tuvo una frase:



Verdaderamente la vida es cruz para algunos hombres

—Verdaderamente, la vida es cruel para esos hombres...

Y Franqueville, contemplándose con pena a sí mismo, respondió:

—Para esos hombres, para la mayor parte de los hombres, la vida es cruel...

Le miró Beatriz, y creyó comprender.

En aquel instante se oyó un grito desgarrador, como el lamento de una bestia herida. Después, otros gritos, imprecaciones, juramentos... Luis y la princesa corrieron al lugar de donde los gritos partían. Un hombre, uno de los obreros que trabajaban en la carga de un buque, había sido arrastrado por el cargamento de cereales que entraba como un alud en la sentina, y se hundía en aquel mar moydizo que poco a poco se lo iba tragando. Ya no se veían de él nada más que los pies; y nadie acudía a socorrerle, pues la grúa seguía vertiendo sobre él quintales y quintales de granos. En cuanto Franqueville llegó allí, sin vacilar se despojó de la americana y se arrojó a la sentina. Por un instante, también él desapareció bajo aquella avalancha; pero pronto se le vio emerger llevando consigo, casi asfixiado, al obrero que había caído primero. La grúa se había parado, avisado ya su conductor, y pronto el gancho formidable descendió hasta la sentina, pendiendo de él una lona en la que se acomodaron los dos hombres. Unos



Uno de los obreros había sido arrastrado por el cargamento de la sentina

segundos después estaban en el muelle. Pero heridos ambos. Franqueville, sin embargo, sin darle importancia a su herida, se apresuró a decir a uno de sus hombres, señalando a su compañero de accidente:

—Cuida tú de que a José no le falte nada, Carlos.

—¿Y usted, señor Franqueville?

—Yo me basto y me sobro para cuidarme a mí mismo.

Y, después de someterse a una cura dolorosa en el dispensario del muelle, Luis se marchó por su propio pie a su casa.

Vivía Franqueville en una casita humilde de los suburbios de Orán, sin otra compañía que el pequeño Juanito, un chico inteligente y despierto, que voluntariamente se había hecho su escudero, y el abuelo de éste. Era el niño quien atendía solícitamente al herido, cuando la princesa Doriani, escudada siempre por el nombre de señorita Meillan, pasó a ver a su antiguo subordinado a la mañana siguiente.

—Yo he tenido la culpa de todo—dijo ella a Luis—. Si él no hubiese distraído a usted de su trabajo, el accidente seguramente no habría ocurrido.

—¿Quién piensa en eso! Las cosas suceden cuando tienen que suceder.

—¿Por qué no me permite usted cuidarle? Sería para mí una verdadera alegría...

—Muy agradecido... Pero ya ve usted, señora—y Luis señaló al niño, que permanecía al lado de la cama—, que tengo un excelente enfermero.

No lo dudo. Sin embargo, yo quisiera...

Sería mejor que pasiese usted su bondad sobre el pobre José... Tiene una familia numerosa y vive con mucha escasez.

Así lo haré entonces.

Y, en efecto, la princesa Doriani fué desde aquel día la protectora del obrero herido y de su familia. Gracias a ella había en aquella casa las medicinas necesarias, alimentos que hasta entonces no habían entrado allí y hasta juguetes para los niños. Cuando Franqueville pudo levantarse del lecho, su primera visita fué para José. Allí se enteró de todos los favores que, en su nombre, había hecho a la familia la princesa Doriani y escuchó complacido de labios del matrimonio los comentarios ditirámicos que les meecía la conducta de su protectora:

—¿No hay otra como ella! ¡La verdad es que esa señorita ha sido para nosotros como un ángel del cielo!

Mientras tanto, Hassan no se dormía. Hábil detective, a pesar de su cachaza de hombre gordo y satisfecho de la vida, no había pasado desapercibido para él ni uno sólo de los pasos que en Orán había dado la princesa Doriani. La substitución del nombre en

el hotel donde se hospedaba; la visita al doctor Mayerat; el paseo por los muelles en compañía de Franqueville; el accidente; su interés por el salvador; su protección al obrero José y a su familia... Todo había sido telegafiado minuciosamente por él al detective Disco, su jefe, y éste se había apresurado a comunicárselo a su cliente Constantino Zarkis.

El último telegrama de Hassan era más expresivo aún que los anteriores. Decía así:

"Desde accidente la persona y el comandante constantemente juntos. Ella parece enamorada."

V

No se equivocaba en sus conjeturas el bueno de Hassan. La princesa Dorlani estaba enamorada de Luis Franqueville. ¡Un simple capataz del muelle de Orán! Ella, que hasta entonces desconocía el amor, empezaba a sentirlo vibrar en los latidos de su corazón. Ella, que siempre había tomado a risa las declaraciones amorosas con que la abrumbaban sus admiradores, comprendía ahora que



Los ojos de ambos se dirigieron al mar

el amor no era cosa de juego, que era aquel divino deleite con que ella bebía las palabras del amado.

Se veían con frecuencia y con cualquier pretexto. El accidente del muelle los había acercado, dejando al desnudo sus almas, rebotantes de generosidad. Y se habían sentido atraídos el uno hacia el otro, saltando, sin detenerse a reflexionar, sobre la barrera que los separaba; barrera, no tanto de diferencia de clases, como de situaciones.

Cierta tarde, en uno de sus largos paseos en que dejaban atrás la ciudad, treparon ambos a las alturas de un monterillo desde donde se dominaba todo el panorama de Orán. Se sentaron a descansar, y por breve espacio de tiempo, los ojos de ambos se dirigieron al mar. Los dos lo contemplaban con nostalgia y con amor, viendo en su inmensidad la cuna que los había nacido.

Franqueville estaba taciturno. La vista del mar despertaba siempre en él amargos recuerdos. Sobre aquella extensión azul que se confundía a lo lejos con el cielo, ponía su imaginación la silueta poderosa de un gran transatlántico: "La Plata". Y volvía a verse en el puente del buque, dando órdenes con voz tonante, que los marineros y los oficiales se apresuraban a obedecer.

—¿En qué piensa usted? — le preguntó Beatriz.

Luis pareció despertar de un sueño:

—Pienso en una mujer odiosa que, para mi desgracia, se cruzó en mi vida...

—¿Una mujer?

—¡Por ella soy un fracasado, un caído... por su culpa!

—¿Cómo debe usted odiarla!

—Ni siquiera odio merece... No merece más que desprecio.

Beatriz Doriani palideció. Aquellas palabras la herían en lo más vivo de su alma, le descubrían la terrible verdad en la que ella no quería detenerse a pensar: ¿Su amor era imposible!

No podía eternamente ocultar a Luis su verdadero nombre. Cuando más confiada estuviese, algo la descubriría. Y entonces, ¿qué haría ella? ¿Cómo tendría valor para soportar el ser juzgada tan duramente por aquel hombre al que amaba? Su culpa era leve, en efecto. Pero lo era a sus ojos y a los ojos indiferentes. A los ojos de él no lo sería nunca. Por aquel pecado de ligereza, tan insignificante en apariencia, Luis Franqueville había sido arrojado de la Compañía; por aquel descuido, hijo de la trivialidad, él arrastraba en tierras extrañas una vida de forzado, sin esperanzas, sin ambiciones, arruinado su porvenir. ¿Cómo podría perdonarla? Para él, aquella leve falta se convertía en una verdadera monstruosidad.

Luis, bruscamente, con aquella impetuosidad que era una de sus características, le cogió una mano:

—Quiero que usted conozca mi vida, Beatriz... quiero contárselo todo, decírselo todo...

—¡No! Ahora no... Esta noche cenaremos juntos... en La Mirada. ¿Quiere usted?

—Como usted disponga; pero yo preferiría...

—No, Luis... No pongamos en la poesía de este momento la prosa de nuestras pequeñeces.

Moría la tarde. Hacia Occidente el sol era un disco de oro que se iba ocultando lentamente. Y en aquel instante solemne, toda la Naturaleza parecía dormirse, morir, mientras las sombras se iban tendiendo sobre la ciudad.

Tras los dos enamorados, medio oculto por unas rocas, Hassan sonreía. No había perdido una palabra del diálogo.

Faltaban todavía unas horas para la hora de la cita. Mientras que la princesa Doriani se dirigía al hotel, Luis se encaminaba a su casa. Ya allí, se sentó a la mesa y se puso a escribir. Le seguía dominando, como arriba, en el monte, la idea de referirle a su amada toda su desgracia, sin omitir detalle, pintando con colores exagerados la "infamia" de aquella mujer a la que debía su ruina.

Varias veces empezó la carta y varias ve-

ces la rasgó, insatisfecho de las palabras, que no acertaban a expresar su pensamiento. Al fin hilvanó los siguientes párrafos:

"Querida amiga: Antes de reunirme con usted esta noche quiero revelarle toda la verdad, quiero mostrarle mi alma, para que usted lea en ella como en un libro abierto. Yo era comandante del trasatlántico "La Plata", de la Doriani Line. Un día, reprendiendo yo a un miserable que llevaba a bordo, él tuvo la osadía de insultar a la princesa. Fueron éstas mis propias palabras: "Más le valiera criticar a su ama y señora". Y añadió: "En Chipre, la vi hacer de Venus ante sus invitados... y desnuda!"

"Cuando me dijo que él era el amo de sí mismo y que yo no era más que el criado de una mujerzuela, no pude contenerme y le di el golpe que lo mató.

"No me entregaron a la justicia. Eso hubiera perjudicado a la Compañía. Se contentaron con despedirme, con anularme.

"Quedó rota mi carrera, desahatado mi porvenir. Todo lo perdí por una mujer indigna de mi acto quijotesco, que ni siquiera impulsó su influencia para evitarme el castigo. ¿Qué podía importarle yo a ella? ¿Cómo podía yo esperar que mi ruina turbase su vida brillante de millonaria que se divierte? Después supe que lo que había dicho aquel hombre era verdad..."

Unos minutos antes de la hora de la cena aquellos párrafos llegaron a poder de la princesa Doriani, que, al leerlos sintió avivarse sus inquietudes y remordimientos. Estaba en la terraza del hotel "La Mirada", y con un poco de despecho rompió la carta y arrojó los trozos. Pero bajo la baranda donde ella se apoyaba, hallábase oculto Hassan, quien se apresuró a recoger uno por uno aquellos trozos que le deparaba la casualidad y que, seguramente, le servirían para realzar el mérito de su labor.

Un poco después, Luis Franqueville y la princesa Doriani cenaban juntos en la terraza de "La Mirada". Cenaban en silencio; él, sin atreverse a preguntar el efecto producido por su carta; ella, retardando el momento de violencia que significaba el tener que extremar el fingimiento y el disimulo. Al fin, viendo que la situación se prolongaba excesivamente, Beatriz se decidió a decir:

—He leído su carta...

—¿Y qué le ha parecido? ¿No encuentra usted ahora justificado mi odio a esa mujer?

—Sí... es decir, no. ¿No cabe en lo posible que ella ni siquiera supiese el motivo verdadero de su despido?

—¿Cómo iba a ignorarlo? Me formaron expediente, hubo recopilación de denuncias, desfile de festigos... Ella tuvo que enterarse de todo eso.

—¿Y si no se enteró?

—Pero eso no es posible, Beatriz... Piense usted que a ella se sometió la sentencia del Consejo de Disciplina. ¿Cree usted a una persona capaz de firmar la condena de un hombre sin saber siquiera por qué se le condena?

Era tan razonable la pregunta, tan abrumadora para ella, que Beatriz no supo qué contestar.

La cena se deslizó en silencio. De vez en cuando cambiaban frases indiferentes, que ninguna relación tenían con el asunto que allí les había reunido. Pero se adivinaba que los dos pensaban en lo mismo, que las palabras que pronunciaban no reflejaban el estado de sus almas.

Cuando se levantaron, en el momento de despedirse, Beatriz le dijo a Franqueville:

—Luis... quisiera pedirle un favor.

—Concedido de antemano.

—Perdone a esa mujer...

—¡Eso no! ¡Me pide usted un imposible!

—Hágalo... por mí.

—Quisiera complacerla, Beatriz, pero no puedo... No es posible apagar, así, en un momento, toda una hoguera de odio.

—Al menos, prométame usted que intentará, ya que no perdonar, olvidar.

Se lo prometo, Beatriz... pero no sé si podré.

Se separaron. En aquellos momentos, Hassan, en su casa, se entregaba a la minuciosa tarea de ir juntando y pegando en un papel los trozos de la carta que había recogido en "La mirada".

VI

Beatriz durmió mal aquella noche. Durante muchas horas la dominó el insomnio, y cuando al fin sus párpados se cerraron, dolorosas pesadillas reprodujeron, agrandados por el cristal de aumento del sueño, los pensamientos que la turbaban desde que se había separado de Franqueville.

Se levantó fatigada y febril. Un baño tibio fué un sedante para sus nervios, y ya, más calmada, recordó que por la noche tenía una cita con Luis. Aquello acabó de tranquilizarla. En realidad, no había por qué temer. El peligro, si existía, estaba muy lejos aún. Franqueville no sospechaba ni podría nunca sospechar que ella fuese la princesa de Doriani, la "mujer odiosa" a la que él atribuía, con rencor implacable, todas sus desventuras.

La cita era para uno de los "palafaces" elegantes de Orán, y Beatriz, mujer al fin, olvidó todas sus preocupaciones para pensar solamente en el vestido que debería lucir por la noche. Su antigua doncella, que tenía el don de adivinar sus pensamientos, le dijo:

—Si la señora quisiera creerme, debería ponerse el vestido blanco que le sienta tan bien.

—Sí, no me parece mala idea, María... Pero ese vestido está en el yate.

—Eso es lo de menos. Yo puedo ir a buscarlo.

—Ve entonces. Y procura estar pronto de vuelta.

Partió la doncella, y un poco después estaba en el yate. Allí la esperaba una sorpresa. En cubierta, charlando con el capitán, estaba el marqués Gilberto de Valroy, que acababa de llegar, procedente de Europa, con la intención de sorprender a la princesa, cuya tardanza empezaba a inquietarle. La doncella no pudo reprimir un gesto de asombro y de contrariedad:

—¿Señor marqués... usted aquí...

—Sí... ¿No me esperabais, verdad?

—No, señor marqués.

—¿Y la princesa? ¿Es que no vive a bordo?

—No, señor... Por razones... de negocios se ha quedado en la ciudad.

—¡Ah!, perfectamente... Vamos entonces a la ciudad.

—¡No, señor marqués, no venga usted!... Estoy segura de que la señora preferirá que el señor marqués la espere aquí.

¿Sospechó algo el marqués de Valroy? Nadie podría decirlo. Perfecto "gentleman", poseía la ciencia de ocultar sus sentimientos, y nada, ni un gesto, ni un ademán, delató lo que pasaba en su interior... si pasaba algo. Se limitó a despedir a la doncella con una sonrisa y volvió al lado del capitán.

—Esta noche hay que celebrar mi regreso, capitán...

—Se celebrará, señor marqués.

—¿Qué fiesta podríamos preparar que fuese grata a la princesa?

—No sé... de momento no se me ocurre nada...

Y la vista del capitán se clavó en el mar. No se divisaba desde allí la ciudad, oculta por una loma, pero, en cambio, se adivinaba su cercanía por las lanchas de los pescadores que surcaban la extensión azul en todas direcciones. El capitán del barco contempló con fijeza aquellas lanchas, y de pronto se dió una palmada en la frente.

—¡Ya tengo lo que necesitamos!

—¿A qué se refiere usted?—le preguntó el marqués.

—A la fiesta... Organizaremos una pesca con antorchas...

—¡Hombre, muy pintoresco!

—Es cosa fácil. Precisamente, estos días he hablado sobre el particular con varios pescadores, y creo poder contar con ellos.

Mientras a bordo del yate se hacían estos planes, Maria, la doncella de la princesa llegaba al hotel y ponía a su señora al corriente de la llegada del marqués de Valroy:

—El quería acompañarme, pero yo le supliqué que se quedase en el yate... por si la señora no tenía mucho interés en verle.

—Has hecho bien. Iré yo a bordo... Si Valroy se presentase aquí, no tardaría en averiguar mi verdadera personalidad.

Y las dos mujeres se pusieron a hacer los preparativos para ir por la tarde a instalarse en el yate. Un poco antes de salir del hotel, la princesa Doriani escribió unas líneas rápidas a Franqueville, que el joven recibió al volver del trabajo. La carta, muy lacónica, decía así:

"Luis, una estúpida jaqueca me retiene en mi habitación esta noche.

"Pensaré en ti.

"B. M."

Luis se quedó triste. Amaba ya con amor apasionado a la princesa y sólo vivía pensando en la felicidad de tenerla a su lado,

aunque no fuese más que por unos momentos. Desde la noche antes, su idilio había avanzado mucho. El no podía olvidar que, después de la cena en "La Miranda", momentos antes de despedirse, su corazón se había acercado al de Beatriz. Y no sólo su corazón sino también sus labios. Había sido aquel beso la comunión entre dos almas. Y ahora, cuando tan largas le habían parecido las horas que faltaban para la renovación de aquel momento dichoso, un pequeño incidente venía a estorbarlo.

Entretanto, en el barrio donde vivía Franqueville, reinaba inusitada animación. El capitán del "Venus" no se había dormido, y todos los pescadores que habitaban en aquella barriada humilde sabían que por la noche debía celebrarse una magnífica pesca con antorchas, y que, además, se repartirían varios premios en metálico. Aquello representaba un verdadero acontecimiento para la población pescadora de Orán.

Naturalmente, el pequeño Juanito, el que un día había sido enfermero de Franqueville, no podía sustraerse a aquel ambiente de expectación. Cuando Luis, después de leer la carta de Beatriz, salió de su habitación con el propósito de dar un paseo para distraer el ánimo, se encontró al niño llorando a lágrima viva en la escalera.



— ¿Qué tienes, Juanito?

— ¿Qué tienes, Juanito? — le preguntó con dulzura.

El niño, esforzándose por reprimir sus sollozos, que cortaban sus palabras, respondió:

— Van a hacer la pesca... con antorchas... y mi tío... no ha querido llevarme...

— No llores, pequeño... Tampoco yo estoy contento esta noche; iremos los dos a ver la pesca.

Y el hombre y el niño se abrazaron, como los dos mejores amigos del mundo.

A aquella hora, la princesa Doriani estaba ya en su yate. Gilberto la saludó con efusión, con cariño, y cuando encontró el momento oportuno, le habló de lo que a él le interesaba:

— Te encuentro cambiada, Beatriz... No sé cómo explicártelo: más reposada, más... mujer.

— ¡Bah! Suposiciones tuyas... No se cambia en tan poco tiempo.

— A veces sí... cuando un sentimiento nos obliga a cambiar.

— ¿Qué quieres decir?

— Quiero decir que mucho me temo que estés enamorada.

— Pero no de ti...

— Naturalmente! No me hago ilusiones.

— ¿Y si fuese cierto?

— Lo es.

— Tienes razón, Gilberto. ¿A qué engañarte?... Amo... y por primera vez en mi vida, amo con toda mi alma...

— ¿Ves como no me equivocaba?

— ¿Lo sientes?

— Sí. Pero me resigno, ¡qué remedio!... Después de todo, te quiero tan desinteresadamente, que sólo deseo tu felicidad.

— Gracias, Gilberto.

Se miraron con emoción, lamentando los dos que terminase aquella amistad leal que los había unido tanto tiempo.

VII

La noche había ido tendiendo sobre el mar su manto de sombras. Estaban la princesa y el marqués en uno de los salones del yate, que, poco a poco, se hundía en las tinieblas. Gilberto ofreció el brazo a Beatriz, y ambos subieron a la cubierta. Allí tuvo la princesa Doriani la primera sorpresa.

Una orquesta desgranaba la cadencia de un vals, y sobre las cabezas de los músicos brillaban débilmente los farolillos a la venedeciana.

— ¿Qué significa esto? — preguntó la princesa a su acompañante.

— Había querido darte la sorpresa de una pequeña fiesta...

— ¡Qué bueno eres, Gilberto!

Se acercaron los dos a la barandilla y contemplaron el fantástico espectáculo del mar, surcado por las lanchas de los pescadores en las que lucían, con un fulgor violento, las antorchas.

—Comprendo que debo marcharme, Beatriz—dijo Gilberto—; pero concédeme una hora todavía... Saldré para Argel en el tren de la noche.

—No tienes que pedírmelo como una gracia, Gilberto... Para mí es un placer verdadero tenerte a mi lado.

En aquel instante sopló una ráfaga de aire fresco, y la princesa se volvió al marqués:

—Tengo frío... ¿Quieres ir a mi camarote y traerme la capa?

Obedeció Gilberto, y volvió a los pocos segundos. Como en otro tiempo, sus manos, al poner la capa sobre los hombros de Beatriz, descansaron unos momentos en el cuerpo de ella y sus brazos parecieron querer envolverla... Fue sólo un segundo. Pero el tiempo suficiente para que un espectador que por allí pasaba no perdiese detalle de aquella caricia.

¿Será necesario decir que aquel espectador era Luis Franqueville? Como lo había prometido a Juanito, al hacerse de noche tomó un bote y partió con el niño hacia el lugar donde empezaba la pesca con antorchas, bien ajeno de sospechar el espectáculo doloroso de que debía ser testigo.

Su primera sorpresa fue al ver el yate "Venus", cuya presencia en aquellos mares él ignoraba en absoluto. Aquella visión aumentó su malhumor. Volvió a sentir cerca la ofensa



Se miraron con emoción

que la propietaria de aquel barco le había inferido, y otra vez sintió crecer dentro de sí la llama del odio, que en vano había tratado de extinguir. Después, siguió avanzando lentamente muy cerca del costado del yate, y a la luz de los farolillos y de las antorchas reconoció a Beatriz. La vio primero sola; después, acercarse un hombre a ella, envolverla en la capa y abrazarla suavemente un instante...

Se sintió morir. Como una oleada, la sangre le subió al rostro. Ahora comprendía la verdad, la cruel verdad. Aquella mujer que se había acercado a él mintiéndole un amor que no podía sentir, era Beatriz Doriani, la odiada, la aborrecida, la que él nunca podría perdonar. Incapaz de razonar serenamente, "veía" que aquella mujer añadía infamia a infamia. No contenta con haberle hundido en el fracaso, quería herirle más hondo aún, despertando en él un amor imposible...

Huyó de allí, con un vigoroso impulso de los remos. Y cuando salió del radio de luz del yate, apoyó el rostro en sus manos y lloró como un niño.

Todo aquello había sido muy rápido; pero no tanto que Beatriz no tuviese tiempo, a su vez, de divisar a Franqueville entre las lanchas de pescadores. Le vio, o al menos había creído verle. Y tuvo un sobresalto y un

escalofrío. Gilberto, que lo notó, no pudo menos de preguntarle:

—¿Qué sucede, Beatriz?

Ella se rapuso casi inmediatamente.

—Nada... no ha sido nada... Me había parecido reconocer a alguien entre los pescadores...

La fiesta continuó hasta bien avanzada la noche. Pero la princesa Doriani no le prestó ya atención. Estaba inquieta. La rápida visión de la barca de Luis tenía para ella la incertidumbre de un mal presagio. ¿Sería él? ¿La habría visto? En ese caso, su amor estaba perdido para siempre. Conocía ya lo bastante a Franqueville para comprender que aquel hombre no perdonaría jamás lo que seguramente creería una burla despiadada.

A la mañana siguiente, le faltó tiempo a Beatriz para correr, a primera hora, a casa de Franqueville. El había salido ya. En cambio, estaba allí el pequeño Juanito, que la recibió con semblante adusto, convencido como estaba de que aquella señora era la que hacía sufrir a su gran amigo.

Le preguntó la princesa:

—¿No está aquí el señor Franqueville?

—¡No!

—¿Tú estuviste anoche con él en la pesca, verdad?

Por toda respuesta, Juanito le volvió la espalda.

Mientras tanto, Luis Franqueville había ido a casa del doctor Mayerat y celebraba con éste y con el doctor Ben Sliman una interesante entrevista.

—¿Entonces, está usted decidido?—le preguntaba Mayerat.

—En absoluto, doctor. No quiero seguir en Orán ni un día más. Partir... lejos, cuanto más lejos, mejor.

—Pero, hijo mío—dijo Ben Sliman—, para la misión que deseas realizar hace falta, ante todo, vocación.

—¡Vocación... o desesperación, doctor!

—Díce bien Franqueville, Ben Sliman... También los desengaños de amor han producido héroes y santos.

—Yo estoy dispuesto a todo—añadió Franqueville con decisión—. ¡A todo! Cualquier sufrimiento, la muerte misma, me parecerán preferibles a esta tortura moral. Allá lejos, entre el peligro constante, entre el cuidado de los enfermos, estoy seguro de poder olvidar...

—Has hablado de peligros, hijo mío—dijo Ben Sliman—; piensa que al acompañarme al Atlas has de luchar con dos enemigos formidables...

—¡Lo sé!

—Uno es la epidemia; otro, las tribus nómadas, que, en su ignorancia, se defienden a tiros de la Medicina.

—Al decidirme a partir con usted, doctor Ben Sliman, tengo la esperanza de no volver.

Eran tan terminantes aquellas palabras, que los dos médicos creyeron que era innecesario insistir. Un apretón de manos selló el convenio. Al día siguiente Luis Franqueville saldría para los montes del Atlas formando parte de la caravana del sabio doctor Mohamed Ben Sliman, que a la Ciencia había consagrado su vida.

Cuando salió de casa de Mayerat, se encontró Franqueville de manos a boca con la princesa Doriani, que iba a llamar a la puerta de la casa.

—¿Qué viene usted a buscar aquí?—le preguntó Luis con un temblor de rabia en la voz.

—Vengo a buscarte a ti.

—¡A mí?... ¡Es mejor que vuelva usted al lado del hombre con quien estaba anoche!

—Espera, Luis... no hables así... déjame explicarte...

—¡No necesito explicaciones! ¡Yo la he visto... en sus brazos... la he visto con mis propios ojos!

—¡No, no es verdad!

—¡Sabe usted de sobras que lo es!

Y Luis hizo ademán de marcharse. Pero ella le retuvo, suplicante:

—Te amo, Luis... te amo... como no he amado nunca...

Franqueville rió con risa brutal:

—¡La princesa Doriani enamorada! ¡Es cómico!

Y huyó de ella, como de una víbora. Beatriz quedó en la calle, llorando. Aquel mismo día regresó a París.

Mientras tales hechos se desarrollaban en Orán, en París ocurrían otros, relacionados con ellos. Constantino Zarkis seguía comunicándose frecuentemente con el detective Disco, y por él estaba enterado de todos los pasos de la princesa Doriani desde su llegada a la ciudad africana. El último telegrama que se había recibido de Hassan, decía lo siguiente:

"Envío correo aparte carta firmada Franqueville constituyendo confesión completa por asesinato de Mariano Zarkis."

La carta llegó algunos días después. Eran los trozos, cuidadosamente unidos y pegados, de aquella que Luis Franqueville había escrito a la princesa Doriani poco antes de su entrevista en la terraza de "La Mirada". Disco se apresuró a llamar a Constantino Zarkis, y cuando lo tuvo en su despacho, le enseñó la obra maestra de Hassan. La leyó el ricachón detenidamente, y una sonrisa triunfal iluminó su rostro:

—¿Cuánto quiere usted por esta carta?

El detective puso un precio. Regatearon. Y al fin, mediante unos billetes, la carta pasó



Al llegar el campamento de Ben Sliman

a poder de Constantino Zarkis. Era lo que éste esperaba para llevar a cabo su venganza. Solicitó una entrevista de la princesa Doriani, y una vez frente a ella, le enseñó la carta. Después, acentuando su aire cínico, habló así:

—Cierta noche, en un restaurante, usted creyó necesario humillarme ante mis amigos... Dentro de unos días, yo ofrezco una fiesta a esos mismos amigos.

—¿Y qué tengo yo que ver con eso?

—Mucho. ¿Recuerda usted de qué modo resucitó usted a Venus una noche, en la bahía de Chipre?

—¿Cómo se atreve usted?...

—¡Oh!, no es ésta ocasión de aspavientos... De ese modo atraerá usted las miradas de los invitados a mi fiesta.

—¿Me está usted ofendiendo, señor! ¡Voy a hacerle despedir por mis criados!

—Hágalo usted. Pero no olvide que si rehúsa... tendré el sentimiento de entregar esta carta a la policía, y su galán actual irá a presidio.

Y como viese a la princesa próxima a desmayarse de dolor y de vergüenza, añadió al tiempo de despedirse:

—Puede usted estar segura de que Venus tendrá un marco digno de su belleza...

Y salió, estereotipada en sus labios la mis-

ma sonrisa de triunfo con que había entrado.

Algunos días después brillaban con luces de fiesta los salones de la mansión de Constantino Zarkis. Iban llegando los concurrentes. En las tarjetas de invitación que se había cursado, figuraba, subrayada, una frase:

"Habrá una sorpresa original".

Y en los rostros de todos los invitados se reflejaba la curiosidad.

La fiesta tenía lugar en un gran salón, en cuyo centro un surtidor lanzaba hasta el techo sus juegos de agua. Cerca del surtidor se abría una concha gigantesca, y hacia allí convergían las miradas de los invitados, adivinando que dentro de aquella concha estaría la sorpresa anunciada.

Poco a poco se iba llenando el gran salón. Los amigos de Constantino, aquellos que le acompañaban en el restaurante cuando la princesa Doriani le hizo víctima de sus desprecios, se acercaron presurosos a preguntarle:

—Bien, Constantino... ¿Y esa famosa sorpresa?

A lo que él respondió con su sonrisa triunfal:

—Os he dicho que a media noche... Un poco de paciencia todavía,

VIII

En un gabinete contiguo al gran salón, la princesa Doriani esperaba, abrumada por la vergüenza y la desesperación. Por salvar a su amado del presidio, había accedido a todo, y aguardando el instante de su deshonra, lloraba en silencio.

Entró en el gabinete Constantino Zarkis, y contemplándola un momento con ironía, y quizá con lástima, se acercó a ella:

—Hace tres semanas que teme usted este instante, ¿verdad?

—¿No está usted ya bastante vengado con esta humillación... con este sufrimiento?

—Todavía no... La ofensa ha sido pública, y pública será la revancha.

—¡Sea! ¡Estoy dispuesta!... ¡Deme la carta!

Se la entregó Constantino. Después, abandonando su sonrisa triunfal, dijo con acento noble:

—No es preciso que realice usted su sacrificio.

Y tomando de la mano a la princesa, la acompañó hasta una ventana que daba al

salón. Allí, al lado del surtidor, la concha gigantesca se había abierto, y en su interior aparecía una mujer desnuda.

—He querido solamente dar una lección a su orgullo, princesa... Vea usted cómo un "chantagista" sabe vengarse de una mujer sin atacar a su honor.

—¡Oh, gracias, gracias! Perdóneme... Estoy sinceramente arrepentida de haberle ofendido.

Se puso el abrigo, y en el momento de hacerlo, cayó al suelo una pequeña pistola que Beatriz llevaba oculta en él. Constantino la recogió:

—¿Pretendía usted matarme?

—No. Era para mí... después...

—Voy a avisar su coche, princesa.

Así, de una manera tan digna y tan caballerosa, terminó aquel episodio que pudo haber acabado trágicamente.

Algunos días después, Beatriz Doriani estaba de nuevo en Orán. La llevaba allí el deseo de reunirse con Luis Franqueville, al que no había podido olvidar. Antes al contrario, había adquirido el convencimiento de que sin él no podría vivir.

Se enteró en casa del doctor Mayerat de que Luis estaba en los montes del Atlas, y a pesar de los consejos del buen doctor, la princesa organizó una caravana y partió hacia aquellas lejanías por donde se paseaba

la muerte. Al llegar al campamento de Ben Sliman, éste le hizo saber que Franqueville estaba en el interior, tratando de entenderse con las cabilas nómadas que pululaban por aquellos parajes, y la princesa consiguió de él que le proporcionase un caballo y una pequeña escolta, y disfrazada de árabe, emprendió la marcha hacia el lugar donde se encontraba Franqueville.

Le vió al fin. Pero no pudo acercarse a él. Un disparo de un grupo rebelde que se frotaba con los hombres de Franqueville, la hizo caer del caballo, herida gravemente. Luis, bien ajeno de sospechar que bajo las ropas del jinete árabe se ocultase la mujer amada y odiada, corrió a recogerla. Y su sorpresa y su emoción al reconocerla, fueron infinitas.

La herida no era tan grave como parecía. Atendida solícitamente por Ben Sliman, pronto recobró el conocimiento. Y al ver al lado de su lecho a Franqueville, le preguntó con voz débil:

—¿Y ahora, crees en mí?

Por toda respuesta, Luis la besó en la boca.

F I N

TANGEMANIA

REVISTA
MUSICAL
ILUSTRADA

Números extraordinarios 60 céntimos

- Núm. 1.—ESTA NOCHE ME EMBORRACHO
LA INGLESA. Agustín Irusta.
Núm. 2.—EL CARRERITO :: POMPAS DE
TABAC. Lucio Demare.
Núm. 3.—MIRO BIEN :: AVE NOCTURNA
Roberto Fugazot.
Núm. 7.—BARRIO REO :: ALAS
Irusta - Fugazot - Demare.
Núm. 8.—LA CIRCUITA :: SILBIDO. Gardel.
Núm. 12.—DESILUSION :: EL HUISEROR.
Edmundo Bianco.
Núm. 13.—COMPADRON :: PERDONA QUE
Soy artista.
Núm. 17.—LA BORRACHERA DEL TANGO
MUCHACHITO. Mario Mañé.

Números corrientes 40 céntimos

- Núm. 4.—LA REJA. Marechal.
Núm. 5.—MIS LOCOS SUEÑOS.
Eugenio Galindo.
Núm. 6.—VIDALITA.
Bachillo (I. H. Desambrosio).
Núm. 9.—ARRABAL. May Tugeneva.
Núm. 10.—LLEVATELO TODO. Githert.
Núm. 11.—CARNE DE CABARET.
Imbertin Argentina.
Núm. 13.—MOSQUITA MUERTA.
J. Manuel Calvi.
Núm. 14.—CANTONERO.
Manuel Buzón.
Núm. 16.—BARRIO VIEJO. Guillermo Barbi et.
Núm. 18.—SIN ALMA. A. Celozza.

PEDIDOS A

BIBL. OFECA FILMS, Apartado 707 - Barcelona.

Se venden números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.